

—¡Carolina!...

—Escucha: entre María Luisa y la reina de Etruria se trabaja activamente en contra de Fernando, á quien des-acreditan de un modo cruel y gravísimo ante el emperador.

—Lo sospechaba, Carolina.

—Pues la última de que he sido portadora, es tan terrible como las otras, Velarde... ¿Quieres verla?

—¿Pero no acabas de entregársela á Belliard?

—Sí, pero he tenido una tentacion, y trás la tentacion he tomado mis precauciones.

—¿Qué precauciones son esas? Veamos.

—Atiéndeme; ya has oido que deseaba darte una prueba muy grande de mi cariño...

—Sí.

—Pues bien, he abierto cuidadosamente la carta de María Luisa para el general Murat.

—¿Y qué más?

—Dentro de esta carta venia otra que Fernando dirigió á su padre Carlos IV el dia 8. Tan solo por tí, Pedro, hubiera yo llevado á efecto semejante diablura.

—Sepamos qué diablura es esa.

Carolina se levantó ligera como una corza y desapareció volviendo á poco rato con dos papeles en una mano, los cuales mostró desde lejos á Velarde con satisfaccion verdaderamente infantil.

—¿Y qué es eso?—preguntó el artillero sonriéndose porque adivinaba ya el género de diablura que por agradecerle habia cometido la jóven.

—Las copias de las susodichas cartas,—respondió Carolina, acercándose á Velarde, al cual entregó los manuscritos.

Al instante bajó Carolina, casual ó intencionalmente la cabeza, y Velarde aprovechó la coyuntura de pagar con un fuerte beso el favor de su novia, la cual exclamó retirándose y sellando con su mano de nieve la boca del atrevido militar.

—¡Eh! señor capitán: de esto no hablaban las cartas.

Ambos jóvenes rieron alegremente, y luego el capitán desdoblando los dos papeles se dispuso á leer.

El primero era la copia de la carta que Fernando habia dirigido á Carlos IV.

Decia así:

«Madrid 8 de abril de 1808 (1).

»Padre mio: el general Savary acaba de separarse de mi compañía. Estoy muy satisfecho de él, como tambien de la buena inteligencia que hay entre el emperador y mi persona, por la buena fé que me ha manifestado.

»Por este motivo me parece justo que V. M. me dé una carta para el emperador, felicitándole de su arribo, y asegurándole que tengo para con él los mismos sentimientos que V. M. le ha demostrado.

»Si V. M. considera conveniente, me enviará en respuesta dicha carta; porque yo saldré despues de mañana, y he dado orden de que vengan despues los tiros que debian servir á VV. MM.

»Vuestro más sumiso hijo,—FERNANDO.»

Esta carta dejó pensativo algunos instantes á Velarde, que murmuró:

—¿Para qué deseaba el rey Fernando la recomendacion de su padre?...—Y luego...

(1) *Moniteur*, 3 fevrier 1810.

Pero interrumpiéndose desdobló y leyó la siguiente carta de María Luisa al cuñado de Napoleon.

«Real sitio de San Lorenzo á 9 de abril de 1808 (1).

»Mi señor y hermano: son las diez y hemos recibido una carta de mi hijo Fernando que el rey mi marido envia á V. M. para que la vea, y me diga lo que debemos hacer. El rey y yo no quisiéramos hacer lo que nos pide mi hijo cuya pretension nos ha sorprendido infinito; y creemos que no nos conviene de ningun modo condescender: el rey ha encargado decir que estaba ya en cama, por lo que no podia responder á la carta. Esto ha sido pretesto por si V. A. quiere decirnos lo que se le haya de responder; en inteligencia de que mientras tanto suspendemos hacerlo, bien que será forzoso no dilatarlo más que hasta mañana por la tarde.

»Nos hallamos con la satisfacion de no tener guardias de Corps, ni las de infanteria en el Escorial, sino solo los carabineros. *Con vuestras tropas estamos seguros y no con otras* (2).

»El rey y yo no escribimos la carta que nuestro hijo pide sino en el caso de que se nos haga escribir por fuerza, como sucedió con la abdicacion, contra la cual hizo por esto la protesta que envió á V. M. Lo que dice mi hijo es falso, y solo es verdadero que mi esposo y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los más vivos colores en agravio nuestro y del pobre Príncipe de la Paz, amigo de V. M., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros

(1) *Historia de la Rev. y Ger. de Esp.*, por el C. de Toreno.

(2) Subrayamos de intento estas palabras, cuya apreciacion dejamos al buen criterio de nuestros lectores.

estamos totalmente puestos en manos de Su Magestad Imperial y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo, que con tales amigos y protectores no tememos á nadie. Ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga, —LUISA.»

No bien hubo terminado Velarde la lectura de esta carta exclamó indignado:

—¡Así compromete esa señora el trono de su hijo y la tranquilidad de la pátria! Preciso es que haya perdido el juicio para que se atreva á escribir tales cartas al enemigo comun.... ¡Y decir que á estas horas camina el rey Fernando ansioso de su entrevista con Bonaparte!.. ¡Buena recomendacion lleva por Dios! ¡Buen recibimiento le espera! ¡Pobre España, y cómo se apresuran todos á pegar fuego en la mina de tu indignacion!

Dijo así Velarde y cayó en un sombrío abatimiento, del que Carolina se atrevió á sacarle á poco rato cogiendo una de sus manos y diciéndole con ternura contemplativa:

—Pedro... por Dios: mira que he sido yo quien te ha dado esos malditos papeles... ¡Por qué te pones así?... Yo tengo la culpa, yo soy causa por mi ligereza de que me muestres ahora ese ceño.

Velarde alzó los ojos y vió á Carolina cuyos ojos se habian humedecido por las lágrimas.

—Te engañas, Carolina,—dijo cariñosamente á su novia,—no tan solo acabas de darme una prueba inestimable de tu amor hácia mí, sino que me has dispensado un favor de tu amor hácia mí, sino que me has dispensado un favor que no tiene precio...

—¿De veras?—preguntó la jóven.

—Sí, hermosa mía; y voy á suplicarte una cosa.

—¿Qué cosa es?...

—Deseo hacer uso de estas cartas.

—¿Para qué?

—Para que comprendan y sepan lo que está pasando, los riesgos infinitos que se amontonan cada dia.

—¿Y si comprometes á la reina?—preguntó con algun temor Carolina.

—Descuida,—dijo Velarde,—esas personas á quienes mostraré estas copias, son todas gente de honor, y el secreto se quedará como en la tumba.

—Entonces, dispon de ellas, Velarde.

—Gracias, querida mía, gracias: ahora exijo de tí otro sacrificio.

—¿Cuál?

—El pueblo mira con malos ojos á cuantos rodean á María Luisa y á la reina de Etruria.

—¿Y bien?

—No quiero que continúes al lado de la reina.

—¿Y cómo hacer para eso?...

—¿Cuándo debias regresar á San Lorenzo?

—Mañana.

—Pues bien; no vayas.

—¿Qué he de hacer, pues?

—Manda decir á la reina que te has quedado en Madrid á causa de una indisposicion...

—¿Y despues?...

—Despues, Carolina, ya te diré cómo has de valerte para abandonar un cargo que ha llegado á ser peligroso en las actuales circunstancias.

La jóven accedió por fin á lo que Velarde la proponia.

—Ahora,—continuó este,—hablemos de nosotros, pues

ya nos hemos ocupado bastante de los demás.

Nadie, al ver al artillero tan sereno, tan dueño de sí mismo, hubiera imaginado que al día siguiente, algunas horas más tarde, espondría su vida á los azares de un duelo.

Lejos estaba Carolina de sospechar el lance.

Eran las cuatro de la madrugada, y ya Velarde con sus dos padrinos se encaminaba al lugar del duelo. Apenas las primeras tintas del alba doraban el horizonte, apenas ese rumor que precede siempre al despertar de una gran población, circulaba por las calles de la villa coronada; oíanse aun de tarde en tarde los primeros golpes dados por los tambores franceses en sus respectivos cuarteles, tal vez no se habia retirado á descansar todavía el gran duque de Berg y Cleves, ocupado altamente en sus intrigas y demás maquinaciones: en una palabra: casi dormia todo en Madrid, cuando Velarde, sus dos padrinos y otro personaje que los seguia á distancia, llegaban cerca de la puerta de Alcalá.

Este último personaje era D. Enrique Utrera, quien redoblaba el paso para alcanzar á la comitiva.

Velarde y sus amigos llegaron por fin á la misma puerta de Alcalá, cuyas verjas permanecian aun cerradas.

El francés y los suyos no estaban allí.

Cierto es que los nuestros, exagerando sin duda su celo, llevaban una delantera de una hora.

Esta consideracion no privó á Ruiz de que dijera con amarga ironía:

—Los soldados de Napoleon son puntuales cuando les toca invadir á un pueblo pero en masa, y cuando ese pueblo está desprevenido; pero en los negocios de honra

personal, según veo, caminan con piés de plomo y se limitan á una rigurosa exactitud.

Su compañero y el mismo Velarde celebraron con una sonora carcajada la observacion del jóven oficial de Voluntarios.

En esto, D. Enrique se les habia incorporado ya.

—¡Malas gentes son Vds. para esperar!—exclamó jadeando de cansancio.

—Consiste,—le respondió Velarde,—en que se nos presenta una deliciosa mañana de primavera, y queremos aprovecharla.

—A estocadas ¿eh?...

Ruiz terció con la siguiente observacion:

—Amigo Utrera: nos hemos propuesto despachar á un francés al descabello, y hé aquí por qué nos vé Vd. tan diligentes; al capitán Velarde le toca la fortuna de lidiarlo.

—Sí, pero conviene que no se prodiguen los *pases*, por si el *bicho* no es de ley; que en esta materia los *huidos* son los peores.

—Tiene razon el conde;—dijo Utrera,—á la primera que se presente córrale Vd. una que lo deje rematado, Velarde.

El artillero hizo tomar otro giro á la conversacion.

Desabrochó dos botones á su casaca, metió la mano en su pecho, y sacando las dos copias de las cartas dirigidas por María Luisa á Murat, dijo:

—Señores, mientras no llegan los amigos, van Vds. á entretenerse con la lectura de estos papelillos, de los cuales juzgará cada uno á su modo.

Todos prestaron atencion al artillero, quien añadió:

—Creo inútil decir á Vds. que me prometo la más completa reserva sobre el particular, pues debo tan gran des-

cubrimiento á la amabilidad de una persona á quien comprometeria circulando lo que por ahora debe quedar entre nosotros.

Asegurado el artillero por la promesa particular de cada uno de los circunstantes, hizo que estos formáran corre en torno suyo, y verificó la lectura de las cartas que ya conocen nuestros lectores.

No hubieran terminado en mucho tiempo los comentarios, las reprobaciones, los presagios, etc., etc., de nuestros personajes si no divisáran, en direccion á ellos, una turba de oficiales del ejército francés.

Casi en medio, como un general entre su estado mayor, caminaba el contrario de Velarde.

En esto acababan de abrir la verja, y Velarde y los suyos tomaron, aunque á paso lento, las afueras.

Los franceses siguieron á distancia razonable.

Al revolver las tápias del Retiro hicieron alto los padrinos del artillero.

Los contrarios llegaron tambien á poco rato, y los respectivos padrinos designaron el lugar.

Despojados ambos combatientes de sus casacas, y apoyados los aceros sobre la arena, esperaban la señal de empezar.

El conde, padrino de Velarde, consultó á los de la parte contraria, quienes respondieron afirmativamente.

Entonces fué cuando comenzó la partida, cruzando ambos rivales con ímpetu sus espadas.

Velarde conoció en su contrario gran seguridad, mucha ligereza y no ménos intencion en las estocadas: desde el primer momento echó de ver que el arte y el valor eran condiciones que honraban á su adversario; pero á esto

perjudicaba mucho la circunstancia de que el valor que en el otro reconocia era un valor febril, de esos que producen comunmente la excitacion ó la cólera del momento, y que tan pronto se enciende como se apaga.

Velarde, sobre la destreza, contaba mucho con la serenidad, con una serenidad á toda prueba.

Su valor era un valor especial; porque era, digámoslo así, un valor reflexivo hijo del convencimiento, aumentado siempre que las exigencias de la honra lo mandaban: ese valor que no es comun á todos, por ser el único sublime que pertenece á los héroes.

Desde los primeros golpes del contrario, Velarde no se cuidó de otra cosa que de pararlo. Dos veces únicamente la punta de su espada marcó dos puntos de sangre sobre el corazon y en la mejilla izquierda del francés.

Este, exasperado, redobló con furia el ataque, mas el artillero, atento solo á cansarle y seguro de sí mismo, no alteró su táctica en lo más mínimo.

Muchas veces la ofuscacion de su rival le habia llevado al extremo de quedar peligrosamente descubierto, y sin duda Velarde quiso advertirlo marcando las dos estocadas consabidas.

Renunciamos á describir la desesperacion, los esfuerzos que hacia para atacar el uno; y la serenidad, la firmeza, el aplomo con que el otro, sin abandonar una sola pulgada de terreno, se limitaba á parar estocadas, desaprovechando, á la vista y conciencia de todos, las repetidas facilidades que se le habian ofrecido para dejar fuera de combate al enemigo.

La partida se iba ya prolongando, y todos esperaban con impaciencia el desenlace.

Velarde dirigió una mirada rápida á sus amigos, quie-

nes le devolvieron otra en que seguramente iba decretada la muerte del francés.

De pronto dejó este caer su espada lanzando un comprimido grito de dolor, y llevándose su mano al brazo derecho, del cual corría sangre en abundancia.

Todos, amigos y contrarios, acudieron á examinar la herida.

La espada del artillero habia atravesado de parte á parte el brazo del francés, dejándole de todo punto inútil para continuar la lucha.

Sin embargo, no ofrecía peligro alguno, y en esto convinieron los inteligentes, que bien podemos asegurar lo eran allí todos los actores y espectadores.

Si reprobamos la arrogancia del francés que habia dado lugar á la escena de que nos ocupamos, no podemos ménos de hacerle justicia por su conducta, luego que hubieron vendado su herida.

Dirigiéndose á los concurrentes con ademan respetuoso y digno,

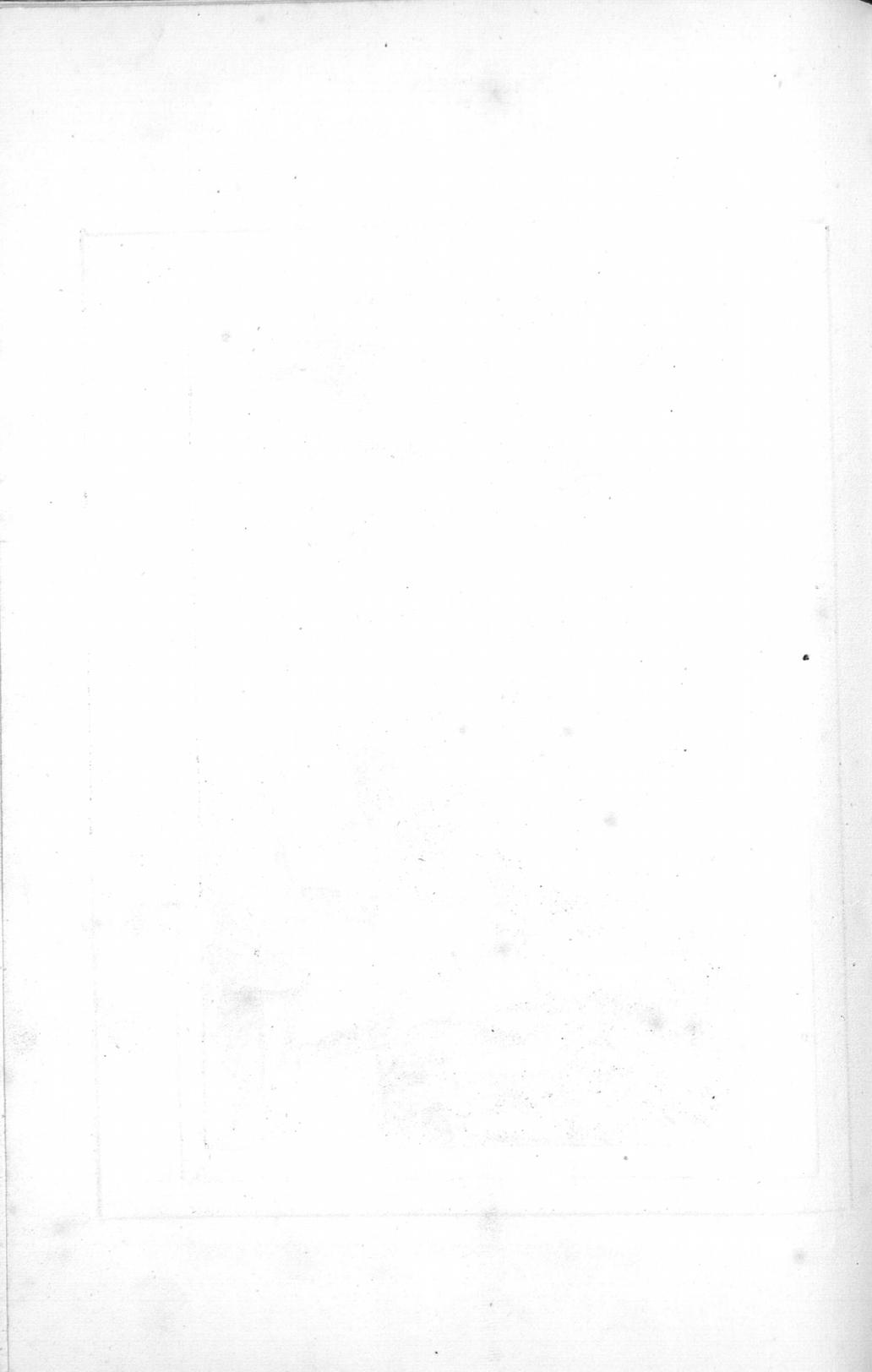
—Señores,—dijo,—si algun sentimiento pudiera quedar en mi corazon, consistiría únicamente en no haber obtenido la honra de medir mi espada con un adversario tan diestro como valiente. Y creedme; esta herida que dejará en mi brazo una cicatriz eterna, me permitirá recordar con orgullo en los combates que un soldado de Napoleon puede gloriarse de haber medido alguna vez su espada con la espada de un español... Solo me resta desear la amistad del que acaba de ser mi enemigo.

Velarde entonces alargó su mano afablemente al herido que este estrechó con la que le quedaba útil, dando muestras de la más profunda y esquisita cordialidad.

Despues de esto los franceses saludaron y se fueron.



Velarde entonces alargó su mano afablemente al herido.



Velarde y los suyos, que habian sido los primeros en llegar, fueron los últimos que abandonaron el campo. El artillero, complacido por la conducta galante de su rival, preguntó á sus amigos:

—¿Qué les parece á Vds.?...

—¿El qué?—preguntó D. Enrique.

—El proceder de mi contrario: creo que no es dable mayor ingenuidad y delicadeza.

El primer padrino de Velarde y don Enrique fueron del mismo parecer, y elogiaron al oficial del imperio, lamentando que fuese algun dia, ó entonces mismo, el enemigo de su patria.

Pero el teniente Ruiz opinó de diverso modo.

—¿Quieren Vds. saber el verdadero motivo de su conducta, de su galantería?—preguntó.

—¿Cuál puede ser?—le replicaron.

—Velarde tira admirablemente de la espada.

El artillero se inclinó en muestra de agradecimiento por el elogio de su amigo.

Este concluyó.

—Pues bien, señores; lo que el francés acaba de hacer, es mostrarse agradecido por la vida que acaban de perdonarle con generosidad española, y por la leccion de esgrima que debe al capitán D. Pedro Velarde.

Una estrepitosa carcajada en que todos prorumpieron fué el resultado de la observacion hecha por el teniente Ruiz.



CAPITULO IX.

Por el cual podrán nuestros lectores apreciar todo el interés que sentía la vieja Eufrasia por consolar á María, con otras cosas no ménos interesantes.

En la tarde de aquel mismo dia, y como á eso de la oracion, fué la tia Eufrasia, muy compuesta con sus trapillos de cristianar, y pidió á la señora Teresa que le confiára á la muchacha para que se distrajera viendo la funcion religiosa que debia verificarse en la parroquia de San Ginés:

No sin algunas objeciones por parte de la tabernera, y ruegos y protestas de gran cuidado por la de Eufrasia, consiguió esta ver realizada su pretension.

Salieron, pues, y dando un inútil rodeo, siguieron por la plazuela de la Cebada, en direccion á la calle de Toledo.

Casi al doblar la esquina de dicha calle, un oficial francés apenas las divisó, se dirigió á ellas, colocándose del lado de María, á quien prodigó tantos saludos como galanteos.

La pobre jóven, observando que las gentes la miraban con cierta curiosidad, se sintió corrida y abrumada, maldiciendo ya en su interior la ocurrencia de la tia Eufrasia.

Todas las genuflexiones del oficial no arrancaron una sola frase á la turbada María; pero la vieja se encargó de suplir esta falta charlando por los codos, como suele decirse.

María, instigada por la vieja, tan solo habia respondido á las mil palabras, mitad francesas y la otra mitad semi españolas, con dos ó tres monosílabos apenas acentuados.

De este modo llegaron á la iglesia de San Ginés. Aquí la tia Eufrasia se vió precisada á demostrar por medio de gestos y admiraciones su asombro, de que, cerrado completamente el expresado templo, no hubiese ni siquiera vestigios que anunciáran la pretendida fiesta religiosa.

María, impaciente y desesperada en extremo, manifestó á su conductora su deseo de regresar cuanto antes á su casa, y muy particularmente de que le evitára la compañía del galan fantasma que tanto fijaba la atencion de las gentes.

La señora Eufrasia, no queriendo contrariar por más tiempo á la jóven, se desprendió bonitamente del oficial, á quien dió como pretesto su temor de que apareciese por allí el padre de la niña.

El francés accedió aunque con visible sentimiento, no sin haber prodigado á la desesperada muchacha una descarga de galanteos á quema-ropa que acabaron de agotar su escasa paciencia.

No bien María se encontró á solas con la tia Eufrasia, se quejó amargamente de que la hubiese expuesto á la

vergüenza, pues sabia muy bien cuán mal vista estaba una mujer que se dejase acompañar por un francés.

La vieja por su parte pintó á María con una lógica especial lo engañada que estaba en cuanto á la opinion, pretendiendo hacerla ver que lo que ella tomaba por menosprecio en las gentes al ver una mujer acompañada por un gallardo francés, no era sino para envidia porque otras muchas deseaban y no conseguian.

Viendo que á pesar de sus reflexiones y sentencias persistia la novia de D. Enrique en no querer bajo ningun concepto y á todo trance que se repitiese la para ella bochornosa escena, respondió la tia Eufrasia:

—Pierde cuidado, hija mia: no es preciso que te incomodes por la cosa más sencilla del mundo: ¿no quieres hacer traicion á tu ladino amante? ¡Bien! ¡muy rebien! No me opongo, y casi tienes y te doy toda la razon... Así como así, ¿qué diablos me va ni me viene con todo esto?... La culpa la tengo yo toda, por no acordarme á tiempo de aquel adagio que dice: «¡cada uno en su casa, y Dios en la de todos!...» Para eso no es preciso reñir... Tú ya sabes dónde te aprieta el zapato, y por consiguiente, lo que mejor te conviene; y no quiero decir más, que «el que se mete á redentor sale crucificado:» y además canta el refran: «cria cuervos y te quitarán los ojos»... ¡Tonta de mí! y yo que creia... Pero... ¿qué hacemos aquí paradas?... vaya, vaya, tortolilla, volvamos al nido, y no hablemos ya más del asunto.

Zurcidos por la vieja, sus incoherentes y habituales refranes, dispúsose á dar la vuelta con la mayor celeridad, cuando héte aquí que dándose una palmada en la frente, exclamó deteniéndose:

—¡Qué desmemoriada soy!... Pues no me olvidaba...

—¿De qué, señora?...—le preguntó María.

—¡Pues apenas! como que habia imaginado hacer al paso el encargo de... ¿Y qué me dirá mañana sino doy una razon, ni una disculpa siquiera que satisfaga?

—Pero señora Eufrasia,—volvió á decir la jóven con interés,—si es cosa que pueda hacer en este momento, ¿por qué se desespera Vd. así?

—Lo que es hacerla, nunca tan fácilmente como ahora,—continuó la vieja,—pero es el caso que tendríamos que andar un poco más...

—¿Y es muy lejos de aquí?...

—Lejos no: es cerca: en el Postigo de San Martin; pero es el caso que yo no quisiera hacerte andar...

—Pues no vaya Vd. á faltar por eso á lo que sea, señora Eufrasia; que yo la acompañaré... Minutos más ó minutos ménos, la misma cuenta me tiene.

—Gracias, chiquilla; acabas de quitarme un peso de encima de mi alma; vamos pues, no perdamos el tiempo.

Y la tia Eufrasia y María se dirigieron efectivamente al Postigo de San Martin.

Al llegar á una casa de mediano aspecto, casi á mitad de la calle se detuvieron.

Eufrasia empujó la puerta, la cual cedió abriéndose de par en par.

María se detuvo en el largo portal que alumbraba un mal farol.

—¿Vas á quedarte ahí, sola como un perro?—preguntó la tia Eufrasia.

—Si Vd. no tarda en bajar...

—¡No seas tonta, ni tengas cortedad!—interrumpió la vieja: son personas muy sencillas las que voy á ver, y no te comerán con los ojos; y además no consiento dejarte en

el portal... Conque, sube, y deja la vergüenza para el pu-
chero.

María pareció vencer sus escrúpulos, ó más bien su ti-
midéz, y acompañó á Eufrasia.

Comenzaron, pues, á subir escalones casi á tientas,
pues no habia en toda la casa otra luz que la del portal.

Por fin se detuvieron en el descansillo de lo que debía
ser un tercer piso, y Eufrasia dió dos golpecitos á la
puerta.

Pareció como que la esperaban con impaciencia, pues
sin detenerse á preguntar quién era el que llamaba, la
puerta se abrió, y una señora de edad apareció con un ve-
lon en la mano.

—Entre Vd., entre Vd., señora Eufrasia,—dijo apre-
suradamente la señora con una voz apacible y algun tanto
cascada.—Pero ¡ah!... ¿quién es esa jóven que viene con
Vd.?... ¡Buena moza por cierto!... ¿Es acaso alguna pa-
rienta... ó sobrinita de Vd.?

—No señora, doña Francisca;—respondió Eufrasia,—es
hija de una vecina mia, que ha querido acompañarme.

—¡Pues celebros mucho conocer á una tan real criatura!
—añadió la llamada doña Francisca, deshaciéndose en
elogios y contemplando con marcada complacencia á la
jóven.

De este modo, atravesando un largo corredor, llega-
ron á una pequeña sala, donde tomaron asiento.

Despues de haber hablado de cosas para María de
todo punto indiferentes,

—Pero venga Vd., venga Vd.,—dijo la que llamaremos
doña Francisca interrumpiéndose,—voy á dar á Vd. eso;
esta jovencita,—añadió dirigiéndose á María,—tendrá la
bondad de esperarnos aquí dos minutos; ¿no es eso?

María respondió con una inclinacion de cabeza y las dos mujeres salieron.

La novia de Utrera oyó sus pasos sonar en el corredor hasta que se apagaron totalmente.

Abismada en profunda cavilacion pensando probablemente en su D. Enrique, dejó trascurrir un cuarto de hora sin apercibirse del tiempo.

Salió por fin de su abatimiento, y creyó haber estado sola más largo espacio del que juzgaba razonable.

Sin embargo, no tenia motivo alguno para abrigar inquietud, y esperó un segundo cuarto de hora.

Pero ni la Eufrasia ni la señora de la casa se daban trazas de terminar su ocupacion.

Entonces María comenzó á sentir una penosa impaciencia.

Quiso avisar á la Eufrasia y advertirla que en la calle del Humilladero podia causar inquietud su tardanza; más se contuvo temiendo pecar de imprudente.

Así, en esta indecision, pasó un nuevo cuarto de hora que esta vez la pareció más largo que los otros.

María era una pobre muchacha, cuyo recogimiento habia dado á su corazon una timidez invencible.

Esta virtud, ó este virtuoso defecto, si se nos permite la paradoja, contribuyó en la ocasion á que nos referimos, á refrenar muy poderosamente su creciente afan.

Pero todo tiene su límite en el mundo, y aquella soledad que se prolongó por espacio de hora y media, causó ya inquietud en su ánimo.

Entonces fué cuando, venciéndose á sí misma, se resolvió á llamar, y llamó.

Nadie respondió á la jóven.

Creyó que esto consistiría en haber alzado poca la voz, y volvió á llamar.

El mismo silencio, la misma soledad; nadie respondió á su voz.

Repetido una y otra y otra vez el llamamiento, y observando con terror que nadie la respondía, miró en torno suyo creyéndose juguete de un sueño.

Acercóse á la ventana, y vió la oscuridad de una cosa que no se podía asegurar si era ó no el pátio de la casa, aunque seguramente no era tampoco la calle, porque ningún rumor daba indicio alguno de esto.

María entonces, sobrecogida, temiendo á un peligro desconocido, y no sabiendo cómo explicarse su extraña situación, perdida en un laberinto de ideas vagas, confusas, pero terroríficas, comenzó á creer que era víctima de un mal sueño, de una pesadilla cruel.

Fijó sus ojos en el oscuro y largo corredor, á través de cuya lobreguéz creía distinguir fantasmas, visiones de color de tinieblas; espectros cárdenos fosforescentes; que tomaban cuerpo que ora parecían acercarse, ora se alejaban: ya desaparecían, ya cobraban nueva forma y se multiplicaban de un modo sobrenatural, prodigioso.

Largo rato permaneció así, como indecisa, suspensa entre la esperanza del que confía sustraerse á un ensueño, y teme más el despertarse para trocar la realidad que le horroriza.

De pronto empezó á andar casi maquinalmente con direccion al corredor, aguzando el oído y comprimiendo su respiración.

En su situación de singular espanto, hubiera podido coger el velon que sobre una mesa lanzaba una macilenta luz; pero María ni siquiera pensó en este auxiliar del miedo.

Tambien el pánico tiene su desnudo; y para probar la verdad de esta afirmacion, suplicamos á nuestros lectores registren las memorias de su infancia.

Pues María estaba en la infancia á pesar de sus diez y siete años.

Adelantó hasta el umbral de la puerta y en él se detuvo.

Su turbada vista no distinguió ni objeto ni luz por el momento.

Pero su oido, sumamente aguzado, como si á este órgano hubiera querido comunicar todas las demás facultades de los otros sentidos, creyó percibir, casi á su inmediacion un rumor, un crugido como el que pudiera producir el roce de la seda.

Casi al mismo tiempo su mirada debió hacerse más penetrante, porque si bien con vaguedad, de un modo confuso, distinguió las tintas de un rostro que se destacaba inmóvil en la oscuridad del corredor.

Fijóse con mas insistencia, y percibió en aquel rostro unos ojos negros, que miraban fijamente, pero que la miraban á ella: ojos con vida, penetrantes, animados á medida que los suyos se habituaban á distinguir entre las sombras.

Aquel rostro, aquellos ojos, se movieron, se acercaron por fin, y el roce de un vestido, roce perceptible, marcado, dió á nuestra pobre jóven la certeza de que una persona la habia estado observando desde aquel sitio.

María exhaló un grito, retrocedió algunos pasos al centro de la sala, y estuvo á punto de desplomarse.

La persona que la habia estado atisbando, entró al retroceder la jóven, pero con lentitud, cual si midiera y contára sus pasos, deteniéndose luego á cierta distancia

y sin murmurar una sola palabra.

La novia de Utrera, depuso algun tanto su terror, aunque su asombro, su extrañeza crecieron de todo punto.

Tenia ante sí á una señora cuya apariencia indicaba debía pertenecer á una clase elevada.

No era jóven, pero tampoco habia depuesto esos treinta y cuatro á treinta y seis años en que ciertas mujeres adquieren si cabe mayores atractivos.

Su rostro conservaba toda la belleza de un pasado tranquilo, en que las comodidades y la satisfaccion material ejercen su accion contra los embates del tiempo, reparando las huellas que este deja en cuanto toca.

Sus ojos negros brillaban con la intensidad que debieron brillar á los diez y seis años, pero con ese brillo reposado, por decirlo así, trás el cual se esconde la reflexion de un alma que sabe dominarse. Su tez, de un moreno claro y rosado, era tersa, fresca, sin una sola mancha ni arruga.

Su estatura era elevada, imponente en una mujer que como aquella revelaba en sus ademanes, en su porte una magestad que corria parejas con el desdén.

Largo rato contempló aun, sin salir de su inmovilidad y su silencio, á la turbada y sorprendida jóven.

Parecia como que trataba de leer algo en aquel bello é inocente rostro, ó que tal vez buscaba en él un recuerdo, una semejanza.

—¿Por qué tiene Vd. miedo?—preguntó al fin.

María no contestó, aunque sus lábios parecieron querer articular una respuesta.

—Sosiéguese Vd., hija mia,—añadió la señora,—y tome Vd. asiento, pues tenemos que hablar.

La pobre muchacha obedeció y se sentó maquinalmente sin darse cuenta de cuanto la estaba pasando, ni en qué pararía aquello.

La señora se sentó á su lado y dijo:

—He estado observando á Vd. desde ahí en ese corredor, porque tenia curiosidad y deseos de conocerla. Tiene Vd. un corazon tan débil como es Vd. hermosa. ¿Por qué se ha dejado Vd. dominar así por el miedo, hija mia?

El tono y la acentuacion particular con que su interlocutora pronunció las palabras *hija mia*, llamaron de tal modo la atencion de la jóven, que no pudo por ménos que levantar los ojos y mirar fijamente al rostro de aquella extraña mujer.

Pero suplicamos á nuestros lectores nos permitan abandonar por un momento esta escena para ocuparnos de otros asuntos y otros personajes que interesa no abandonar en este momento.

Luego tendremos ocasion de reanudar este capítulo, y dar una solucion al singular acontecimiento de que no acertaba á darse cuenta la sencilla prohijada de los honrados viejos de la calle del Humilladero.

CAPITULO X.

En que el lector verá cómo un pueblo se prepara con anticipacion á las grandes catástrofes que presiente.

Hemos abandonado á María en una situacion, si no grave, por lo ménos en alto grado extraña.

—¿Qué hacia entretanto su amante?—¿No disponia en el espacio de seis dias de un solo momento para consagrarlo al caro objeto de sus amores? Y si sus ocupaciones eran tan extraordinariamente importantes que no le dejaban un solo momento libre, ¿por qué no se apresuraba á tranquilizar á la honrada y humilde familia que tenia puestas en él todas sus esperanzas? El Maestro hubiera podido llegar-se á la calle del Humilladero y dar á su ausencia una explicacion satisfactoria; y en defecto de este, nada más fácil era que enviar á cualquier persona con dos simples renglones de su puño y letra.

Hé aqui lo que se ocurrirá á todo el mundo que se fije un poco en este particular á no abrigar sospechas desfavorables hácia el amante de María.